

los alimentos y recursos que recibían. Desde la perspectiva de los norteamericanos que Crane refleja, los miraban con una «silenciosa curiosidad» y un notorio desdén por la ingratitud cubana, más ávida por aprovechar dichos recursos, de charlar y dormir, que de acompañarlos en la lucha. Los cubanos, a su vez, apenas saludaban o hablaban a los norteamericanos y devolvían ese trato con la superioridad de quienes alardeaban del conocimiento real del campo de batalla. En cuanto a España y los españoles, y muy distante de toda comprensión o simpatía, Crane se enfurece por la efectividad de los ataques guerrilleros pero sobre todo por la seguridad anímica de los oficiales, convencidos de la justicia de su heroísmo en la lucha.

Estos rasgos de la literatura periodística de Crane aparecen, por ejemplo, en su crónica de la batalla de San Juan, el 1 de julio de 1898. Describe la mañana con una niebla espesa y las tropas listas para el asalto de las trincheras españolas, batidas por la fuerte artillería norteamericana en duelo con los cañones enemigos, mientras que el avance se hacía cada vez más duro y sangriento en un paisaje de belleza verde y exuberante.

Había que atravesar la selva por estrechos senderos batidos por la fusilería de las guerrillas españolas, invisibles para los atacantes pero que dejaban decenas de muertos y heridos. Crane exalta la valentía y la dureza de los norteamericanos que no retrocedían ni un paso y, entre ellos, la famosa caballería de los *Rough Riders*, organizados por Theodore Roosevelt, pero que debieron pelear a pie pues sus caballos tuvieron que dejar lugar en los barcos a las mulas de carga. Las aldeas que rodeaban a San Juan iban cayendo después de una durísima lucha y junto con las bajas comenzaban a llegar los primeros prisioneros españoles y cubanos leales a España que Crane desvaloriza como gentuza de clase baja¹⁸.

En cuanto a las crónicas escritas desde Puerto Rico, en la segunda fase de la guerra, Crane vuelve a sus observaciones sobre el carácter de la civilización hispánica en tierras americanas. Ese sello estaba en México, Centro y Sudamérica y no podía ser cambiado por más que el territorio fuera conquistado por las tropas norteamericanas. En Ponce, por ejemplo, encuentra el mismo esquema de ciudad, con la catedral, la plaza y el hotel con lugar para el café y las reuniones. Las casas y edificios descuidados, sin pintura ni elegancia, exhibían la mala administración, la dilapidación de recursos y, sobre todo, la incapacidad de superar la suciedad y la fealdad. Pero era imposible modificarlo pues, como escribió Crane, se podía atravesar una cabeza hispánica con un tiro sin que desapareciera el gusto por la muerte sangrienta de un toro.

¹⁸ El texto en: *The Works...*, ya citado, 154 y 22.

Una anécdota curiosa de esta etapa: Crane apostó con un colega apoderarse de un pueblo y con dos compañías del 16.º Regimiento de la Infantería de Pennsylvania, llegó a Juanita Díaz, aldea situada en medio de un hermoso paisaje campesino con valles, montañas y palmeras. Sólo estaba defendida por un grupo de civiles armados que se alejaron y la rindieron a los norteamericanos que habían quedado bajo el mando de Crane, convertido ahora en conquistador jefe militar¹⁹.

Las crónicas comenzaron cuando Crane llegó a La Habana y la guerra estaba finalizando. Se advertía un americanismo oportunista, cierto interés en muchos cubanos por anexarse a los Estados Unidos y una resignación ante la derrota de los españoles que se alejaban para siempre de la isla o se quedaban para hacer negocios en momentos en que comenzaba una crisis económica. Como había cesado la lucha militar, Crane prestaba más atención a la crítica de los rasgos del carácter hispanocubano, tal como se manifestaban en la vida cotidiana y en las relaciones con los norteamericanos.

Cuba ofrecía oportunidades para los inversores norteamericanos siempre y cuando se aceptaran las diferencias de procedimientos legales y comerciales de los hispánicos que resultaban incomprensibles para los norteamericanos. Por ejemplo, el ver la política internacional en términos de conspiraciones o de cambios inesperados o milagrosos, rasgo de tozudez infantil que les impedía aceptar, por ejemplo, la evidencia de una verdad cualquiera, aunque se les presentaran pruebas irrefutables que rechazaban sin conmoverse.

Incapaces de aceptar verdades a medias o propuestas negociables, los hispánicos se refugiaban en la demora de las cosas, a la espera de un vuelco inesperado favorable a su posición. Para Crane ésta era una herencia del regateo propio de los moros que vendían baratijas. Factores negativos que se consideraban como una astucia digna de la alta política pero que obstaculizaban la negociación final de la guerra. Los españoles tenían la convicción fatalista de que Cuba siempre sería de ellos y que las demoras sólo eran una oportunidad para llevarse todo lo que pudieran del dinero que tenían en la isla.

Según Crane los cubanos estaban resentidos porque la victoria se había logrado gracias a las fuerzas norteamericanas y no a la escasa participación de los *mambises* y, en cierto modo, se habían convertido en enemigos de los norteamericanos, a pesar de que estas tropas se habían conducido honorablemente, sin dar lugar a excesos o abusos de poder.

Crane fue un rígido y severo crítico de España en Cuba. Arruinada por años de guerra, disponía de grandes posibilidades en las industrias del taba-

¹⁹ Cfr. Stallman & Hageman: Ob. cit., 193-196.

co, del azúcar y la minería, y al desaparecer un gobierno inepto y corrupto que sólo se apoyaba en un verbalismo sentimental, Cuba podía experimentar un cambio notable si maduraba en su vida social. No temía que Estados Unidos ahogara el desarrollo cubano y más bien pensaba que le contagiaría su fuerza de crecimiento. Rechazaba, pues, explícitamente, la acusación de imperialismo y sostenía que la conquista de Cuba, Puerto Rico y Filipinas era una exigencia impostergable de un país que libraba una guerra.

Estas crónicas periodísticas, dentro de su estilo simple y despojado de hojarasca literaria, ofrecen un relato vívido de algunos aspectos de la guerra. Crane no obtuvo el Premio Pulitzer que ambicionaba pero confirmó su prestigio literario. Desde luego no alcanzó el brillo ni la originalidad de *The Red Badge of Courage* pero la diferencia se debió a la flexibilidad de Crane para producir el material que los diarios le solicitaban. No se busque en estas crónicas una visión más profunda de la situación de la isla, de los cubanos, de España y los españoles. Tampoco teorías sobre la guerra ni sobre muchos problemas que subyacían bajo la superficie de la contienda. Desde una visión tópica del enemigo hispánico, que Crane confirmaba en sus críticas, sólo fue un norteamericano más en el campo de batalla.

Sin embargo, los textos de Crane interesan en la medida que completan, aunque sea de manera parcial, los otros testimonios intelectuales que hemos presentado. Desde nuestra actualidad, la guerra de 1898 sigue siendo una fuente rica y compleja de reflexiones sobre el poder político, sobre las culturas y las ideas en pugna, sobre el destino y la fortuna que tuvieron la España que declinaba al concluir el siglo XIX y los Estados Unidos que surgían inaugurando el siglo XX. Habrá que volver al tema desde esta perspectiva histórica.



Segismundo Moret, Ministro de Ultramar. (*La Ilustración Española*, 1897),
fotografía de Fernando Debas